

El ser y el ente en la época tecnológica¹

Being and Entity in the Technological Age

Daniel Soria Pereyra

Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Perú

 <https://orcid.org/0000-0001-6882-0724>
daniel.soria@unmsm.edu.pe

Resumen

Esta es una reflexión que asume que el hombre, definido como animal tecnológico desde su más remoto momento como *Homo sapiens*, moldeó su naturaleza mientras fue elaborando herramientas que lo condujeron de ser un fabricante de hachas a crear un cultura eléctrica primero, electrónica luego y virtual después. En otras palabras, lo que quieren mostrar estas reflexiones, en último término, es que nuestra común condición humana se encuentra *ad portas* de un salto cualitativo tan decisivo como el que ocurrió en el Neolítico. ¿Está produciendo la era tecnológica de la que formamos parte cambios sin precedentes en la condición humana? Busco responder relacionando las ideas de Husserl y Heidegger para dar con el ser del ente cuando son determinados por lo que la tecnología puede o no hacer. Propongo así abordar la estructura de la experiencia humana desde los postulados de la fenomenología y la ontología heideggeriana. Así, poniendo en relación la tradición filosófica con los últimos hallazgos acerca de lo que la tecnología está haciéndonos, será posible echar luces sobre lo por venir.

Palabras clave: ser, ente, tecnología, digital, electrónica.

Abstract

This is a reflection that assumes that man, defined as a technological animal from its most remote moment as *Homo sapiens*, molded its nature while crafting tools that have led him from being an axe-maker to creating an electric culture first, then an electronic one, and finally a virtual one. In other words, what these reflections ultimately want to show is that our common human condition is on the verge of a qualitative leap as decisive as the one that occurred in the Neolithic. Is the technological era that we belong to producing

¹ Este artículo se deriva de la tesis del autor para obtener el grado de magíster en filosofía con mención en epistemología por la Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

unprecedented changes in the human condition? We propose to answer this question by relating the ideas of Husserl and Heidegger in order to find the being of the entity when they are determined by what technology can or cannot do. We thus propose to approach the structure of human experience from the postulates of Heideggerian phenomenology and ontology. Thus, by relating the philosophical tradition with the latest findings about what technology is doing to us, it will be possible to shed light on things to come.

Keywords: being, entity, technology, digital, electronic

Introducción

El problema que plantea este artículo es aquel relativo a en qué medida la tecnología está transformando a la humanidad de un modo nunca antes visto en la historia. Al respecto es un hecho que el ser humano, como entidad histórica, responde a su tiempo; que al parecer es resultado de un modo de ser que encuentra diferente expresión según la época que le tocó habitar. Hasta allí, quizá ninguna novedad que nos libre de una obviedad. Sin embargo, lo que este artículo pretende mostrar es que la eclosión tecnológica de las últimas décadas, por una conjunción de aspectos cualitativos y cuantitativos al mismo tiempo que además entablan una intensa relación sinérgica, está a punto de alumbrar una sociedad radicalmente distinta a la conocida hasta hoy.

En clave verbal

Ocurre con el lenguaje verbal humano lo mismo que cuenta aquel relato en el que van dos peces jóvenes nadando por las profundidades del océano cuando se cruzan con un pez mayor que los interroga “hola, chicos, ¿cómo está el agua?”, a lo cual ellos se miran extrañados y se preguntan “¿qué diablos es el agua?”. Es decir, se suele asumir que el lenguaje es algo translúcido como el agua, pero no:

las palabras no son, pues, simplemente, los nombres transparentes de las cosas, sino que conforman una unidad autónoma, regida por sus propias leyes y que se puede juzgar por sí misma. Su importancia supera la de las cosas que se suponía que reflejaban. (Barthes, Boons, Burgelin y otros, 1970, p. 11)

Y lo mismo ocurrirá, como se mostrará en este artículo, con cada herramienta producida, desde un hacha hasta un chip.

Por eso, antes de encontrar a los hombres afanados en la elaboración de sus primeros artefactos, hay que incidir en que todo fue posible gracias a la aparición del lenguaje verbal, sin el cual no hubiera sido posible algo tan básico como la supremacía de los *homo sapiens* frente a los neandertales, mejor dotados físicamente para imponer su fuerza. En su obra *Sapiens*, Harari (2017) propone que los humanos “conquist[aron] el mundo gracias, por encima de todo, a su lenguaje único” (p. 32), por el cual pudieron “cooperar de maneras extremadamente flexibles con un número incontable de extraños” (p. 38), y de esa manera ponerse de acuerdo y concebir estrategias no solo para cazar, sino para eliminar a sus competidores. Este logro se debió a la propia naturaleza del lenguaje, intrínsecamente económica, por la cual, con un número finito de palabras y un limitado cuerpo de reglas, se pueden producir virtualmente infinitos mensajes. Esto fue algo fundamental en los albores de la humanidad, incluso tratándose de las primeras colectividades, debido a que “la cantidad de información que se debe obtener y almacenar con el fin de seguir las relaciones siempre cambiantes de unas pocas decenas de individuos es apabullante. (En una cuadrilla de 50 individuos, hay 1.225 relaciones de uno a uno, e incontables sociales complejas más)” (Harari, 2017, p. 36). La explicación de esta capacidad comunicativa debe buscarse en la forma del lenguaje más que en sus contenidos, en su condición de aparato formal cuyo dominio define a todas las lenguas del mundo, tal como lo propuso Chomsky:

[...] cuyas investigaciones ... tienen dos caras [...] una vuelta hacia el dominio de la lógica y otra hacia el dominio de la ciencia empírica (concretamente, la lingüística). Sin embargo, no son típicas ni de la lógica ni de la lingüística que hereda de sus mayores. Lo que le interesa a Chomsky desde el principio es aplicar “la parte construccional de la filosofía que usa la lógica como su instrumento esencial” [...] en la elaboración de una teoría lingüística general para las lenguas naturales. (1975, p. XXXIII)

Este planteamiento tuvo su origen en una intuición acerca de la adquisición del lenguaje que, para Chomsky, no podía explicarse meramente como una conducta aprendida, como lo propuso Skinner, debido a que con muy pocos estímulos los niños aprendían prontamente su lengua materna. Fue así que postuló una gramática universal como atributo del lenguaje humano que hacía posible el aprendizaje de una lengua particular. Esta postura opuesta al empirismo entronca con la tradición de la gramática universal o filosófica, pues “ya no se puede poner seriamente en duda que el estudio de la adquisición del lenguaje dirime de una vez por todas la secular controversia entre los defensores del racionalismo [...] y los defensores del empirismo [...]” (Chomsky, 1975, p. XV).

Décadas después, estas ideas llegaron más lejos, impulsadas por novedosas reflexiones alrededor del concepto de recursividad, atributo fundamental del lenguaje por el cual es posible insertar en el marco de una oración principal otras oraciones o frases, en un proceso infinito; algo emparentado tanto con la naturaleza como con los desarrollos tecnológicos alrededor de la inteligencia artificial, paralelismos, entre muchos otros, que Douglas Hofstadter propone en su sugestivo y radicalmente interdisciplinario volumen *Gödel, Escher y Bach. Un eterno y grácil bucle*:

Si [...] estamos convencidos de que la inteligencia humana es solo un ejemplo de un fenómeno generalizado en la naturaleza —la aparición de seres inteligentes en muy diferentes contextos—, consideraremos probable, como consecuencia, que el “lenguaje” en que son comunicados los mensajes [...] entre los seres humanos es un “dialecto” de un lenguaje universal, vehículo de comunicación de las inteligencias entre sí. (2017, p. 189)

El hombre, animal tecnológico

El humano se hizo hombre no solo por el uso y dominio del lenguaje verbal, sino también por la invención y confección de artefactos, desde labrar la piedra hasta concebir y masificar la producción de chips; aquella junto con estos estableció una nueva relación entre los objetos y sus creadores.

Todas las figuras que el sentido común proyecta en la imaginación del hombre contemporáneo acerca de su pasado más remoto lo presentan como cubierto de gruesas pieles de animales y habitando en cavernas donde aprendió a domesticar el fuego y a elaborar sus primeras armas y herramientas, hasta llegar a la revolución tecnológica, la cual no tiene precedentes en cuanto a su naturaleza intrínseca, lo cual puede parecer contradictorio, pues este artículo asume como premisa básica que el hombre es un animal tecnológico. Lo que ocurre es que por la vía de la cantidad se ha dado un salto cualitativo; es decir, un vertiginoso aumento del saber acerca de la naturaleza desde la década de 1980 mediante las tecnologías de la información y comunicaciones (TIC) que ha conducido a la actual cultura electrónica, un fenómeno que llevó a una globalización radicalmente distinta a otras anteriores si empezamos a contar como la primera el descubrimiento de América.

En cuanto a nuestra relación con los objetos que creamos, lo ocurrido en las últimas décadas con la industria alimentaria apunta en el mismo sentido. Michael Pollan sostiene que nuestra sociedad se ha tornado una auténtica cultura del maíz, al punto que los estadounidenses han convertido la vaca que termina en sus barbacoas en una consumidora de pienso de maíz, cuando es un animal esencialmente herbívoro².

Hay de esta manera una dinámica que va en contra del sentido común, por la cual los usos y los significados asociados a los objetos que son creación humana desplazan su fin utilitario para apropiarse de otras dimensiones que terminan por definirlos. Es como si la relación sujeto-objeto

² Como asegura Pollan: “En un supermercado norteamericano medio hay alrededor de 45,000 productos, y más de una cuarta parte contiene maíz [al año 2006]. Esto sirve también para los productos no alimenticios; de la pasta de dientes a los cosméticos, los pañales desechables, las bolsas de basura, los productos de limpieza, el carbón vegetal para la barbacoa, las cerillas y las pilas, pasando por el brillo de la portada de esa revista que llama tu atención cuando estás en la cola de la caja registradora: maíz. Incluso el día en que no haya ni rastro de maíz a la vista, la sección de productos frescos estará repleta de maíz: en la cera vegetal que da brillo a los pepinos, en el pesticida responsable de la perfección de las frutas y verduras, incluso en el barniz de la caja en la que fueron transportadas. De hecho, el propio supermercado —la masa para sellar los paneles de las paredes, el linóleo, la fibra de vidrio y los adherentes con los que el propio edificio fue construido— es en gran medida una manifestación del maíz. ¿Y nosotros?” (Pollan, 2017, pp. 29-30).

estableciera un vínculo de ida y vuelta cuya velocidad es una de las señas distintivas de la era electrónica, y eso debido a que en ese tráfico están involucrados aspectos de muy diversa índole que terminan en un sistema de mutuas interdependencias que solo pueden ser entendidas echando sobre la realidad una mirada metafísica, más allá de nuestra creencia en que inventamos los artefactos y herramientas porque los necesitamos. Sí, quizá al principio, pero tan temprano como en el Neolítico, alrededor de hace 70,000 años, luego de dominar el modo de hacer fuego, entra en escena el entorno y sus propiedades para condicionar la inventiva humana, tal como ocurre con el maíz. Como Pollan lo propone, el maíz tiene atributos no solo para capturar más carbono, sino que hay otro elemento adicional muy importante en relación con la economía humana y su utilización de la naturaleza: su capacidad de reproducirse una planta muy cerca de la otra, lo que convierte a los terrenos agrícolas en más productivos por metro cuadrado. Más allá de estos condicionantes, biológico uno y agrario el otro, la industria del maíz estadounidense no sería posible sin las generosas subvenciones estatales. Sociedad, historia, cultura y poder se alían así para determinar un asunto tan importante como la alimentación de nuestra especie.

Esto que pareciera ser una novedad sucede desde siempre con el lenguaje verbal, pues no se trata de una simple herramienta para aludir a la realidad, sea esta concreta, supuesta o imaginada. Qué lengua usemos y cómo lo hagamos tiene un poderoso efecto en nuestro vínculo con el mundo, una relación bidireccional que va del hombre a las cosas y viceversa. Sirve aquí como ilustración un aspecto al parecer tan obvio y objetivo como el color de las cosas que nos rodean; razón por la que, por ejemplo, culturas como las amazónicas, cuyas lenguas distinguen muchos más tonos de verde que los que un habitante urbano puede distinguir y consecuentemente referir. Igual con el color blanco entre los habitantes del Polo Norte. De la misma manera ocurre con algo tan corriente como las palabras que usamos una vez que se convierten en metáforas para referirnos a las enfermedades. Así, tan pronto como el año 1398, el *Oxford English Dictionary* consigna la palabra “consumo” (*consumption*) para referirse a la tuberculosis pulmonar, igual que para el cáncer, que define de esta manera: “Cualquier

cosa que inquiete, corroa, corrompa o *consume* lenta y secretamente” (Sontag, 1990, p. 10)³.

Volviendo a las cosas, algo tan cotidiano como poco próximo a los condicionamientos del mundo natural, como el teclado de nuestras computadoras, no se libra de las determinaciones a las que están sometidos los objetos. La disposición de las letras del teclado que todos usamos, conocido como QWERTY en referencia a las seis primeras teclas de la izquierda, fue decidida para restar velocidad al tecleo, pues las primeras máquinas de escribir se trababan fácilmente, algo que ya no puede ocurrir con el teclado de las computadoras, pero seguimos usándolo como antaño cuando hay mejores disposiciones para las letras que permiten escribir bastante más rápido (Diamond, 2010, p. 285).

Jaron Lanier, testigo de excepción de la revolución digital, cuya pericia en informática se tradujo en la creación de empresas compradas por Oracle, Adobe y Google, además ser incluido en la *Enciclopedia británica* entre los trescientos inventores más importantes de la historia, apunta en la misma dirección, pues propone el concepto de anclaje para explicar por qué una ideas triunfan sobre otras en la sociedad tecnológica⁴.

De Husserl a Heidegger: buscando el ser del ente

La fenomenología de Husserl estableció una nueva relación con los objetos, vinculados desde su esencia en relación con el hombre. Heidegger abordó esos mismos objetos asumiendo su ser más allá de su entidad, aquella propia para la que fueron creados, como integradora del mundo al que en conjunto da sentido para el hombre.

³ Mi traducción para: “Anything that frets, corrodes, corrupts, or consumes slowly and secretly”. El énfasis es mío.

⁴ La ciencia elimina ideas empíricamente, con un buen motivo. El anclaje, sin embargo, elimina opciones de diseño basadas en la facilidad de programación, en la factibilidad política, en la moda, o creadas por causalidad. El anclaje elimina las ideas que no encajan en el plan de representación digital triunfante, pero reduce o limita las ideas que él mismo inmortaliza, extirpando la penumbra insondable de significado que distingue una palabra del lenguaje natural de una orden en un programa informático (Lanier, 2011, p. 23).

Lo que llamamos corrientemente el mundo es algo que no exige mayor explicación: es lo que es, lo que existe. Sin embargo, ocurre con este concepto lo mismo que con el término “ser” para Heidegger, al que define como “el más universal de los conceptos”, el cual no puede ser explicado por la sola existencia de los entes, pues “la forma de determinar los entes justificada dentro de ciertos límites [...] no es aplicable al ser. La indefinibilidad del ser no dispensa de reiterar la pregunta que interroga por su sentido, sino que intima justamente a ello” (2010, p. 13).

Nadie duda de la existencia y atributos de los entes que se ofrecen a los sentidos, pero ese fondo del cual emergen no es un ente más, sino el horizonte en el que son y en relación con el cual se definen; pero ¿dónde empieza y dónde termina ese horizonte? Todo depende. En la óptica de Husserl, su modo de ser es algo que no se puede cuestionar a condición de que obedezcamos a su esencia, su naturaleza eidética, liberada de prejuicios o preconcepciones. Su aproximación, fiel a una auténtica indagación filosófica, se propone manifestar el fenómeno en su exacta y esencial definición humana, expresada en el eje espaciotemporal. En otras palabras, así como el espacio debe responder por un dónde, lo que sucede tiene que rendir cuentas a un cuándo, pues para la experiencia todo obedece a un orden de sucesión, a lo largo de una imaginaria y recta línea temporal (otra metáfora) cuyo presente es una permanente zona de tránsito entre lo que fue y lo que será. Por cierto, que hablar de presente, pasado y futuro resulta por lo menos paradójico, en tanto el futuro es una perpetua y cumplida expectación y el presente deja de serlo a velocidades mayores a las del segundo, una unidad de tiempo absolutamente convencional para aprehender el tiempo en su intrínseca fugacidad⁵.

Estas reflexiones alrededor del eje espacio-temporal que es condición de la experiencia humana, más que ponerlo en cuestión, lo que buscan es

⁵ Si bien al profundizar en la naturaleza del tiempo es corriente darse con paradojas, la experiencia de la música bien puede ser un medio para, desde el sentido común, comprender la propuesta de Husserl. La música es así un fenómeno cuya íntima esencia es la temporalidad, pues no es posible aprehenderla de otro modo que el de la sucesión. Podremos así especular lo que queramos sobre los atributos del tiempo, pero cada vez que escuchemos música sabremos que es posible porque, de cualquier forma, es un fenómeno real.

asumirlo como el fondo en el que los entes existen y se ofrecen por la vía de la intuición a la percepción sensible. El aporte de la fenomenología es entonces fundamental para dotar de entidad a la realidad, pues Husserl no distingue como ámbitos separados percepción y realidad, sino como correlacionados; de esta forma, sorteando la oposición entre percepción y realidad como escindidas, entre las cuales Kant se propuso tender un puente al proponer que el espacio y el tiempo son formas *a priori* del conocimiento más que los únicos atributos de la realidad, pero a cambio quedó postergado el asunto de tener acceso a la cosa en sí, es decir, a su inmanente verdad más allá de la experiencia sensible.

Sin embargo, no quiere Husserl plantear una suerte de solipsismo al cual permanezca atado el ser humano en su tránsito por el mundo, pues su ambición es definir la experiencia de la realidad como eidética, es decir, capaz de revelar su íntima esencia por la vía de la inmersión individual en el mundo. Es sobre esa base que construye su seguridad. Por ejemplo, al entrar a una habitación y tomar un libro de una mesa, podemos estar seguros de que cuando volvamos la mesa estará ahí, de manera que así calzan invariablemente realidad y percepción. En la misma dirección apunta Husserl cuando afirma que los objetos se ofrecen siempre a la percepción visual en escorzo, es decir, en una perspectiva cuyo punto de mira somos nosotros. Las cosas son así en esencia lo que son para nosotros, lo que vuelve innecesaria la distinción entre cosa para sí y cosa en sí (Husserl, 1962, p. 92).

Sobre esa contingencia, cree Husserl que se puede afirmar la aprehensión de la verdad del mundo. No importa lo fragmentaria y pasajera que pueda ser la experiencia, porque es su condición fundamental dar por seguras una serie de expectativas en relación con ella. Respecto del tiempo, sabemos que si dejamos hielo en un plato fuera del refrigerador en una mañana de verano más tarde solo habrá agua. Es verdad que es un asunto obvio, pero eso no lo hace menos cierto. Y en relación con el espacio, todos los que acostumbran llegar a tiempo a su trabajo lo hacen porque saben que la distancia hasta su oficina puede ser cubierta siempre que salgan de su casa

a la misma hora con la certidumbre de ser invariablemente puntuales, a despecho de las inquietantes paradojas eleáticas.

Asimismo, puesta la atención en el polo opuesto a los hechos y objetos, es decir, la conciencia que los percibe y aprehende, interactuamos con los demás sobre la base de una serie de asunciones que se nutrieron de la experiencia personal primero y del repetido trato con los otros después. Es cierto que hablar del yo es bastante más complicado de lo que parece; sin embargo, cuando esta instancia fundamental del discurrir de la conciencia se rompe o fractura, psicólogos y psiquiatras sancionan su carácter excepcional y extraordinario⁶. La norma es entonces no solo que cada quien no ponga en duda su yo, sino que además actúe y opere en función del conocimiento de los otros yo. De hecho, esto está en la base de algo tan valorado como la empatía, el saber ponerse en los zapatos de los demás. Nadie puede conocer punto por punto cómo sufre el prójimo, pero sí hacerse una idea e imaginarlo; es más, algo tan complejo como la literatura de ficción funciona porque ofrece un modo vicario de vivir otras vidas, algo que puede lograrse si reconocemos y replicamos las emociones de sus personajes.

Este entorno que llamamos mundo propuesto como polo fenomenológico fue asumido también por Heidegger como el ámbito en el que se manifiesta el ser del hombre para convertirse en el ser ahí, una condición definida por su “mundanidad”. Lo que propone Heidegger, tomando la posta de su maestro, es que evitemos aquellos caminos equivocados que atribuyen a los entes “una idea cualquiera del ser y de la realidad, por ‘comprensible de suyo’ que sea” (2010, pp. 26 - 27). El propósito entonces es no ceder a las imaginaciones del sentido común que creen haber respondido de modo transparente a la pregunta por el ser, aquella que lo íntima a manifestarse, pues “la forma de acceso y de interpretación tiene que elegirse más bien de tal suerte que este ente pueda mostrarse en sí mismo por sí mismo” (2010, p. 26 - 27), en su día a día, en su acontecer permanente y regular,

⁶ Esto corresponde al concepto heideggeriano de *malfunction* en relación con las herramientas, que se revelan cuando no cumplen su finalidad a causa de algún desperfecto (Harman, 2010, p. 17)

donde están las claves de su funcionamiento. Es como entrar en la intimidad del ser tal como él es en su cotidianeidad lo que permite revelar su esencia más allá de impresiones circunstanciales y acostumbradas, y no por eso más reales, porque “es mirando a la fundamental constitución de la cotidianidad del ‘ser ahí’” como brota y se destaca por vía preparatoria el ser del ente” (2010, p. 26 - 27).

El asunto capital es, entonces, saber distinguir entre un entendimiento de la realidad que asume el ser como un asunto de suyo simple, sencillo y cotidiano, como el universo de las cosas tal como las percibimos y experimentamos, contra una experiencia que se propone como eidética (Heidegger, 2010, p. 25)⁷.

El ser y el ente electrónicos

Establecido el ser del ente corresponde dar expresión a esta relación en un ámbito dominado por la tecnología, realidad a la que se traduce esta condición ontológica. Como Heidegger muy bien lo propone, la actitud filosófica exige trascender la mera ocurrencia y manifestación de los entes para ir tras su fundamento ontológico; es decir, establecer aquello que los hace ser lo que son. Es esta, por cierto, una actitud metafísica en el más radical sentido platónico, pero no para hacer una división entre las ideas y sus obsecuentes sombras, el mundo sensible que habitamos. Heidegger se remonta hasta la metafísica platónica para establecer el ser de los entes como experiencia eidética en un sentido fenomenológico, pero para ir luego tras su esencia, necesariamente metafísica. Husserl, por su lado, prefiere primero afincarse en lo real para establecer un saber y conocimiento fuera de toda duda, por la vía del testimonio sensorial.

⁷ Esto, manifestado en la condición lingüística de la experiencia humana, revela también un límite: “¿Qué tiene de común el lenguaje con la estructura de apropiación-expropiación del evento? El lenguaje es esencialmente algo de lo que disponemos y que sin embargo, en otra vertiente, dispone de nosotros, no es entregado en cuanto lo hablamos, pero se apropia de nosotros en cuanto, con sus estructuras, delimita desde el comienzo el campo de nuestra posible experiencia del mundo” (Vattimo, 2002, p. 114).

En este marco, la cultura electrónica crea un nuevo entorno audiotáctil muy semejante a aquel en el que habitaba el hombre primitivo, dominado por la resonante palabra hablada, tal como lo propuso McLuhan (1985). Además, está en consideración ahora cómo la estructura neuronal humana está cambiando en función de las nuevas habilidades que los usuarios de los medios electrónicos terminan por adquirir.

Pero estos nuevos hallazgos en el conocimiento del cerebro, en rigor, no deberían representar gran novedad, pues sabemos que en su relación con el mundo el remoto *sapiens* creó objetos para dominar su entorno, propósito exitosamente logrado hasta hoy, pero el uso de estos objetos también lo cambió a él. Algo tan simple como elaborar hachas involucró una forma de organización del trabajo secuencial, necesaria para producir varios objetos a la vez y, desde luego, enseñar a otros a hacerlo. Y lo mismo con el fuego, quienquiera que lo haya encendido por primera vez debió seguir una ordenada secuencia de pasos para garantizar la obtención del mismo resultado.

Para Carr (2018, p. 41), el conocimiento cada vez más preciso del sistema neural ha brindado pruebas fehacientes de lo que primero fueron intuiciones y luego certezas acerca qué ocurre realmente cuando el hombre y la realidad interactúan: se establece un vínculo por el cual nuestra actividad material influye en nuestra estructura neural mediante la generación de nuevas conexiones.

Pero ya antes del auge de la neurociencia, McLuhan (1985, p. 52) representó un hito fundamental en la determinación de la naturaleza de las relaciones entre los humanos y los objetos que crean. El teórico de las comunicaciones canadiense primero puso su atención en el efecto que tuvo la imprenta en lo que adelante se conocería como la cultura del alfabeto, por la cual, asegura, el equilibrio de los sentidos sufrió una transformación que convirtió a los nuevos lectores en seres sobre todo visuales, un cambio de vastas consecuencias.

No obstante, nos resistimos a esta idea, anclados en la seguridad de que las cosas son solamente lo que parecen por el simple hecho de que en

nuestro trato con ellas son por completo predecibles, un atributo caro no solamente a la ciencia, sino también a nuestra cotidiana experiencia. El problema es que de modo subrepticio nos vamos convirtiendo en lo que nuestro entorno hace con nosotros, algo que McLuhan resumió en su más famosa sentencia: “el medio es el mensaje”, un atrevimiento cuyo calado epistemológico estamos terminando de aceptar en nuestra cultura electrónica.

Para que no sea una inútil verdad de Perogrullo, la reflexión acerca de la sociedad tecnológica debe llevar hasta sus últimas consecuencias esa relación entre los humanos y las herramientas con las que resuelven su vida. Es verdad que el hombre es básicamente un animal tecnológico, a lo largo de la ruta ya mencionada que condujo del hacha al chip; sin embargo, nunca antes lo tecnológico estuvo comprometido con todos los aspectos de la realidad, y esto puede ser abordado tanto desde el aspecto cuantitativo como cualitativo.

El poder de los artefactos

Los artefactos imponen sus condiciones de uso; en su manipulación dan poder al hombre para hacer cosas, pero también delimitan tal accionar. Antes de la televisión estuvo el cine, arte y tecnología a partir de la cual nos apropiamos de la realidad a través de una pantalla, una superficie que pronto se convirtió en el medio privilegiado para ser y estar en el mundo, así como para comprenderlo e incluso actuar en él, al punto que terminó por definir una cultura y una era, la de la “pantalla global” como lo proponen Lipovetsky y Serroy (2009, p. 10), quienes comprueban la ubicuidad de las pantallas en sus más diversas formas y en todo lugar, y entre todas estas pantallas los autores prestan especial atención a aquella donde toma forma una época, aquella que Heidegger llamó la “época de la imagen del mundo”, pero por la vía de las representaciones que nos ofrecen las ideologías, tal como lo hace Estados Unidos desde Hollywood hace casi un siglo.

Entonces, si hemos de aceptar con McLuhan que el medio es el mensaje, nuestra realidad estará determinada sobre todo por aquello que se exprese a través de una pantalla. Y no se trata aquí de negar que el cine y la televisión son importantes vehículos de significados y contenidos; lo que quiero proponer es que, si el vínculo humano con una realidad abrumadoramente compleja se establece, por ejemplo, por medio de la televisión, pues tendremos una aproximación televisiva al mundo.

Recordemos solamente y a propósito que es algo conocido y ampliamente aceptado que el empleo de instrumentos configuró el cerebro humano de tal modo que en su proceso evolutivo lo hicieron capaz supervivir y reproducirse, en lo que fue un equilibrio entre su condición biológica y su entorno (Burke y Ornstein, 2001, p. 35). Esta historia habría empezado con la domesticación del fuego, pues cuando fue posible cocinar los alimentos, ya no fue necesario hacer el gran esfuerzo comprometido en masticar la comida cruda, lo que redujo el tamaño de los dientes y los músculos y huesos maxilares. En esta nueva economía del cráneo humano, aumentó el espacio para que se desarrollara y creciera el cerebro, lo que tuvo consecuencias en la habilidad para hablar, además de que “la lengua también se hizo más flexible, y junto a los demás rasgos físicos mejoró la capacidad de pronunciación” (Burke y Ornstein, 2001, p. 35).

Investigaciones recientes apuntan a la misma idea que cifra en la naturaleza y condición del cerebro los más importantes cambios que ha experimentado nuestra civilización. Carr propone el concepto de neuroplasticidad para entender nuestro devenir como especie hasta la expectante situación actual, una condición de nuestro órgano pensante por la cual sus circuitos se cambian y se consolidan de una nueva forma cuando ejecutamos nuevas acciones hasta convertirlas en hábitos (2018, p. 50).

Por esta razón es que autores como Jaron Lanier se muestran muy cautos en relación con los efectos que pueda tener en nuestra humanidad una realidad eminentemente tecnológica. Y no es la voz de Lanier la de cualquier humanista a la usanza tradicional que vive para lamentarse del descenso en los índices de lectura o el retroceso de las humanidades en

muchas universidades alrededor del globo. Todo lo contrario. Dentro de los diversos y variados aspectos que constituyen la vida contemporánea, Lanier incide en aquellos que están minuto a minuto definiendo nuestro más íntimo y cotidiano ser⁸.

Este nuevo entorno constituido por la tecnología tiene un lenguaje: el código, un idioma en el que se está escribiendo la historia humana desde hace más de medio siglo; pero no es un lenguaje masivo ni “hablado” por las grandes mayorías, a pesar de que gobierna a velocidades lumínicas casi todo lo que ocurre en el planeta. Lo que sí conocemos muy bien son sus consecuencias, que llamamos confiadamente “aplicaciones” y manejamos y dominamos con suma destreza. Sin embargo, en sintonía con McLuhan, estos medios electrónicos, para empezar, imponen qué se puede hacer con ellos y qué no, lo cual es una forma de condicionar a sus usuarios. Gardner y Davis se preguntan por eso si “¿las aplicaciones no serían más que un medio de comunicación nuevo, con su proporción sensorial específica o, por el contrario, constituirán una ingeniosa combinación de medios electrónicos y digitales que abre un nuevo capítulo de posibilidades psicológicas humanas?” (2014, pp. 37 - 38).

Esta no fue desde luego la realidad que indujo a Heidegger a escribir *El ser y el tiempo*, para quien describir el mundo pasaba por establecer el ser de los entes haciendo uso de las categorías apropiadas a ellos de modo que los revelaran, puesto que “los entes de dentro del mundo son las cosas, cosas naturales y cosas ‘dotadas de valor’. Su “ser cosas” es el problema [...]” (Heidegger, 2010, p. 76).

Este “dotar de valor” y fijar el ser de los objetos es la distancia que la metafísica heideggeriana busca salvar para trascender la experiencia fenomenológica del mundo, un propósito que entronca con lo sostenido

⁸ “Cuando los desarrolladores de tecnologías digitales diseñan un programa que te pide que interactúes con un ordenador como si fuera una persona, lo que están haciendo al mismo tiempo es pedirte que aceptes en lo más recóndito de tu cerebro que tú también podrías ser concebido como un programa. Cuando diseñan un servicio de internet editado por una masa anónima enorme, están dando a entender que una masa arbitraria de humanos es un organismo con un punto de vista legítimo” (Lanier, 2011, p. 17).

en este trabajo porque calza con los conceptos de lo óntico frente a lo ontológico. Es decir, entender el mundo de objetos que rodean nuestra existencia más allá de su presencia para asumirlos insertos en un horizonte que les otorgue sentido. Así, desde que Heidegger lanzara su pregunta por el ser, su fin y propósito no han perdido actualidad; lo que ha cambiado radicalmente es el ente y nuestra relación con él (Heidegger, 2010, p. 76).

El logos instrumental

Traspuesta la línea que separaba un milenio del otro, empezaron a ser materia de reflexión luego del año 2000 unas siglas con vocación onomatopéyica: TIC, tecnologías de la información y comunicación. Para entonces Internet ya era una realidad cotidiana; no como ahora, pero ya costaba imaginarse cómo había hecho la humanidad para vivir sin la red de redes antes de su descubrimiento y uso. Esta pregunta, de aparente simpleza, es profundamente reveladora de lo que hace el tiempo con los humanos, a quienes obliga permanentemente a definir su ser exclusivamente en el presente con lo justo para imaginar el futuro y la memoria necesaria para dar sentido a cada nuevo evento al que hacen frente. Esta condición encierra una aparente paradoja: el hombre parece seguir siendo el mismo a pesar de habitar dentro del cambio. Animal tecnológico como lo definimos, el *sapiens* crea permanentemente artefactos que no solo cambian el mundo, sino también a él, cuya labor está inscrita en relación con lo que su mano pudo hacer y su aparato fonador comunicar, interacción entre la habilidad motriz y la facultad del lenguaje que quedó inscrita para siempre en el cerebro, vínculos recíprocos que no han dejado de evolucionar hasta hoy⁹. Lo demás es cultura¹⁰, es decir, el hombre crea un entorno eminentemente tecnológico por el cual

⁹ Según Carr, “si, sabiendo lo que sabemos hoy sobre la plasticidad del cerebro, tuviéramos que inventar un medio de reconfigurar nuestros circuitos mentales de la manera más rápida y exhaustiva posible, probablemente acabaríamos diseñando algo parecido a Internet” (2018, p. 144).

¹⁰ Entiendo aquí la cultura en su acepción más abarcadora y tradicional, como la que consigna el *Diccionario de la lengua española*: “Conjunto de modos de vida y costumbres, conocimientos y grado de desarrollo artístico, científico, industrial, en una época, grupo social, etc.”.

cada nueva generación no vuelve a inventar la pólvora, lo que produce una “paciente evolución de las herramientas-gestos-memoria [que] constituye la aventura humana de la planetización” (Matellart, 2018, p. 73).

Haciendo un examen aleatorio de la abrumadoramente larga lista de hallazgos de nuestra civilización, tales inventos suelen seducir el interés y la imaginación, desde las mortales puntas de sílex hasta los trasbordadores espaciales; sin embargo, el fenómeno humano como empresa tecnológica es de más ondas consecuencias que lo que nuestros aparatos muestran. Pensemos si no en algo aparentemente tan natural y corriente como nuestra concepción del espacio en relación con la del hombre primitivo, quien era incapaz de hacer una abstracción de él para posteriormente dominarlo, un peldaño fundamental para el desarrollo de la ciencia matemática primero y física después. Se trata, en palabras de Cassirer, de concebir primero un “*esquema del espacio*” (1979, p. 76).

Y lo mismo ocurrió con los mapas, una representación a escala del espacio para apropiarse de él que pasó de trazos rudimentarios sobre cualquier superficie donde se pudiera dejar una marca a ser un auténtico arte y ciencia al mismo tiempo, la cartografía, que se desarrolló gracias a sofisticados instrumentos de medición que se expresaban en lenguaje matemático. Puede decirse así que lo que no había sido cartografiado no existía cabalmente para el saber; por eso la cartografía fue un hito fundamental previo a la globalización que define nuestro ser contemporáneo. Sencillamente no hubiera sido posible entender el mundo como una totalidad conocida, dominada e integrada sin la elaboración de mapas. Yendo más allá, “la tecnología del mapa dotó al hombre de una mente nueva y más comprensiva, más apta para entender las fuerzas invisibles que dan forma a su entorno y existencia” (Carr, 2018, p. 58).

Y otro tanto ocurrió con el tiempo, mensurado, controlado y eventualmente dominado para introducir al hombre en un género distinto de experiencia en relación con la concepción temporal de antaño, gobernada por la sucesión de los días y las noches, así como de las estaciones. Pensemos sino en un fenómeno social tan decisivo como la lucha por la jornada de las ocho horas, cuya exacta sucesión de segundos y

minutos otorgaría una nueva medida de la productividad y bienestar humanos; algo difícil de establecer antaño pero muy posible una vez que “el reloj había redefinido el tiempo como una serie de unidades de igual duración, [y] en nuestra mente comienza a destacar el metódico trabajo de la división y la medición”. Con una hora para entrar al trabajo, otra para salir, siempre ocho horas después, es decir, luego de una jornada laboral legal, “el metódico tictac del reloj alumbró el espíritu moderno de la mente científica y el hombre de ciencia” (Carr, 2018, p. 61).

Gobierno de los números

Puede decirse entonces que en el marco de la revolución científica moderna adquirió realidad ontológica solo lo medible y mensurable, pero dentro de lo que Heidegger llamó “la época de la imagen del mundo” (2000); es decir, una era signada no por una experiencia de inmersión en la realidad, sino de la distancia impuesta por una representación de la que somos primero espectadores y solo después actores. Una ideología puede ser una imagen del mundo, como el marxismo, por ejemplo, pero para aludir a su objeto ha de saber de qué forma ocurren las cosas; cosas como el número de habitantes de un país, las cifras de cuánto produce, las diferencias salariales entre sus distintas clases sociales o su producto bruto interno.

La cuestión de fondo de estos procesos que involucran al mismo tiempo las aptitudes y destrezas para, primero, contar y, luego, calcular tiene como base la facultad humana para el pensamiento abstracto, un largo y complejo vuelo que primero debe pagar el costo de “la uniformización del mundo [que] empieza con la estandarización de la lengua que usamos para designarlo” (Matellart, 2018, p. 9)¹¹. Es decir, ya en la propia concreción de

¹¹ Las lenguas, en tanto dan cuenta del mundo, por fuerza no lo agotan; léxico y sintaxis (un diccionario y unas reglas, como diría Saussure) ordenan y dan sentido a una realidad e otro modo inabarcable; configuran una visión del mundo que no agota su objeto y multiplica los puntos de vista, y, consecuentemente, las opiniones. Que el inglés haya sido una de las últimas lenguas francas del mundo puede ser visto de la misma manera que la perspectiva que imponen los mapas, como ya se dijo, tenidos por una representación geográfica y fiel de aquello a que hacen referencia; sin embargo, cuando le pidieron a un indígena chamula de las montañas de Chiapas, en México, que trazara un mapa

la facultad humana del lenguaje en una determinada lengua ocurre lo que luego radicalizará el idioma de los números, cuyo poder se viene tornando cada vez más absoluto desde que le hemos encargado el gobierno de nuestras vidas a una corporación como Google, que sabe demasiado sobre nosotros por su capacidad y vocación de medir y sistematizar todo lo que hacemos en la red. Eso no sería posible si la civilización no fuera ya, desde mucho antes de la invención de las computadoras e Internet, una experiencia regida por la ciencia, cuyo lenguaje es, como aseguró Galileo, el de los números.

El negocio de Google se configura entonces como un auténtico y poderoso círculo virtuoso, por el cual su actividad tiene su origen en la cultura y poder del número y se hace más fuerte y vigoroso en el manejo de esta información cuantitativa mediante sofisticados desarrollos matemáticos y avances en la escritura de los códigos que gobiernan las aplicaciones que hacen cosas por nosotros. La sociedad tecnológica sienta así sus bases en lo que Mattelart llama “la mística del número”, que se configura incluso antes de la teoría de la información como propósito de explicación y conducción de la sociedad para llevarla a confines desconocidos mediante un acelerado proceso cuyo punto culminante fue la aparición de Internet (2018, p. 13).

Una generación llamada “app”

El ser humano es, por sobre todo, alguien que hace cosas, un ente cuyo movimiento volitivo desde que descendió de las copas de los árboles se convirtió en historia; ese discurrir temporal al que suelen echar la mirada los filósofos para definir la humanidad. El lenguaje verbal ha sido así, entre otros atributos, considerado el principal rasgo que separa al hombre de los

del mundo, colocó “invariablemente en el ‘centro’ la iglesia de San Juan, núcleo de la religión y la cultura chamula, y a su alrededor, en círculos concéntricos sucesivos cuyo tamaño y precisión disminuye con la distancia, los lugares cada vez más remotos que todavía guardan alguna relación con los intereses inmediatos de la comunidad: San Cristóbal de las Casas, Tuxtla Gutiérrez, Distrito Federal... y los Estados Unidos, un desierto informe y borroso, ya casi fuera de la página en blanco, donde “nacieron” los coches [...]. Entre la concepción etnocéntrica de los chamula y la nuestra no hay, por tanto, ninguna diferencia (Lizcano, 2006, p. 11).

animales. Después de miles de años de actividad lingüística, surgen algunos milenios antes de Cristo expresiones cabales de destreza y pensamiento complejo en diferentes culturas. Esta ha sido una habilidad que ha llegado a un límite que no tiene que ver con el mensaje, sino con su medio, lo que está teniendo y tendrá definitivas consecuencias. Con esto último quiero decir, en relación con los medios al servicio de los fines, que nos hemos acostumbrado a apreciar los monumentos literarios como el más excelso logro de la condición humana, al punto que el Premio Nobel de Literatura suele estar a la altura —e incluso opacar en el imaginario popular— de otros como los de química o física, áreas del conocimiento de cuya aplicación y valor utilitario nadie duda. No obstante, lo que está en juego en los tiempos que corren compromete los medios que empleamos para comunicarnos: las ubicuas aplicaciones, llamadas más brevemente *apps*¹².

Esta nueva situación crea condiciones de vida muy distintas a las de la era anterior al auge de las TIC, algo que auguró Marshall McLuhan. Por eso lo más previsible es que nuestro acostumbrado modo de ser humanos cambie. Pensemos si no en lo acaecido durante la pandemia desatada por el COVID-19 durante los primeros meses de 2020 en relación con el trabajo remoto, una adaptación posible gracias al desarrollo de Internet y una serie de servicios de comunicación, entre los cuales Zoom es el más empleado. Es verdad que millones de personas conservaron así su empleo, sin embargo, trabajar desde casa ha ocasionado que se difuminen los límites entre la vida laboral y la privada, y esto obedece a la naturaleza del nuevo medio de trabajo, sin importar qué trabajo sea este, ya que “la mentalidad de las aplicaciones sustenta la creencia de que las personas, al igual que la información, los productos y los servicios, están siempre disponibles”

¹² La juventud actual se comunica de un modo distinto a como lo hacían sus iguales de la era predigital. Los móviles con conexión a Internet, las tabletas y los ordenadores portátiles [...] trascienden las barreras geográficas y temporales, pero, además, han alterado qué puede decirse, dónde puede decirse y a quién se le puede decir. Es posible que los cambios más notables sean la constancia y la inmediatez de la comunicación mediada por la tecnología móvil” (Garner y Davis, 2014, p. 98).

(Garner y Davis, 2014, p. 99). Es así que ha emergido la generación *app*: los nativos digitales cuya vida social está definida por lo que pueden hacer o no las aplicaciones con las cuales “los jóvenes gestionan su identidad, su privacidad y su imaginación en el mundo digital”, tal cual reza el subtítulo del libro de Garner y Davis, quienes proponen que se ha impuesto una visión *app* del mundo que “limita el modo en que se abordan los retos principales de la adolescencia y de la primera madurez” (p. 156), al mismo tiempo que están obligados a presentarse como “personas impresionantes y deseables, y para garantizar que todas las señales (y *posts*) confirmen esa sensación de identidad que, quizá, cristalice de forma prematura” (p. 156).

Cosas del cuerpo

Todo lo dicho pone en discusión lo que los artefactos tecnológicos que el hombre crea hacen con él. Sin embargo, hay que considerar —más allá de la obviedad de que estos propios aparatos corresponden estrechamente a la forma y naturaleza de nuestros cuerpos— que el propio acto creador que los alumbró está estrechamente vinculado a nuestra anatomía e incluso biología. Es decir, lo que se propone aquí es establecer una poderosa relación entre la inteligencia y la forma de la figura humana. Para el antropólogo Caleb Everett, todo empezó con la invención de los números. En otras palabras, no es ningún azar que a lo largo de innumerables culturas predomine el sistema decimal, abstraído de nuestros diez dedos de las manos; pero allí no acaban las correspondencias, pues Everett propone que algo tan atípico como el uso del sistema sexagesimal quizá obedeció a relacionar los cinco dedos de una mano con las falanges de los dedos de la otra mano menos el pulgar (2018, p. 24) para conformar en conjunto sesenta unidades.

De todas estas maneras es que fuimos configurando la cultura tecnológica de la que hoy somos sus protagonistas, recorriendo un camino de ida y vuelta que une al sujeto de conocimiento con su objeto, desde los dedos al cálculo infinitesimal que hace posible nuestros *gadgets* para regresar a su fuente, nosotros, y transformarla. Es esta una relación eminentemente recíproca cuyo equilibrio quizá esté a punto de cambiar si tomamos en

consideración los últimos desarrollos de la inteligencia artificial (IA). Will Douglas Heaven destaca así en un reciente artículo de divulgación científica que la IA no suele tener en consideración dos preguntas: “cómo la inteligencia está vinculada a la forma de los cuerpos, y cómo las habilidades se pueden desarrollar y también aprender a través de la evolución” (2021, párr. 2). Esto a propósito del proceder habitual de los trabajos de investigación en IA, centrada “solo en la parte de la mente y las máquinas se construyen para realizar tareas que se pueden dominar sin un cuerpo, como por ejemplo usar el lenguaje, reconocer imágenes y jugar videojuegos” (2021, párr. 5). Es por eso que “dotar a la IA de cuerpos adaptados a tareas específicas podría facilitarles el aprendizaje de una gran variedad de nuevas habilidades” (2021, párr. 5). Lo siguiente podría ser entonces, tal como lo ve Josh Bongard, investigador de robótica evolutiva de la Universidad de Vermont, en Estados Unidos: “Ya se sabe que ciertos cuerpos aceleran el aprendizaje. Este trabajo muestra que la IA puede buscar tales cuerpos” (2021, párr. 10; citado por Heaven, 2021). Quizá esta circunstancia constituya una nueva frontera en las relaciones entre los seres humanos y las tecnologías que emplean cotidianamente.

Esos seres computacionales

Cada época pone en uso las metáforas que mejor expresen el estado en que aquella se encuentra. Cuando Newton concibió la ley de gravitación universal, el reloj era el objeto cultural que mejor representaba el orden y disposición del universo, una imagen que engañosamente convocó después la existencia de un relojero, es decir, una deidad creadora. Al día de hoy, expresiones como “cambiar de chip”, “resetearse” o “programarse” son muestra de que, en lo que al cerebro se refiere, la computadora ha pasado a ser el artefacto que mejor lo define, un cuento narrado en clave digital. Jaron Lanier ha sido muy crítico en relación con asumir esta humanidad:

En el nuevo ambiente digital se fomentan de forma cotidiana afirmaciones cada vez más extremas. Los bits se presentan como si estuvieran vivos, mientras que los humanos son fragmentos pasajeros.

Todos los comentarios anónimos que aparecen en blogs y videos deben haber sido obra de personas reales, pero ¿quién sabe dónde están ahora, o si están muertos? La colmena digital está creciendo a expensas de la individualidad. (2011, p. 43)

Esa “colmena digital” es la que hizo decir en una entrevista a Larry Page, fundador de Google: “La inteligencia artificial sería la última versión de Google” (citado por Carr, 2018, p. 210). Puede que parezca exagerado imaginar una máquina pensante capaz de superarnos, pero pensemos antes en que hoy nadie recuerda ni celebra a los primeros hombres que dominaron el fuego, cuando no solo nadie es capaz de hacerlo, sino que tampoco es necesario. Y lo mismo puede llegar a suceder con atributos tan exclusivamente humanos como la poesía. Es así que pusieron a una computadora a escribir haikus, y luego sometieron esas brevísimas composiciones poéticas de la tradición literaria japonesa a la consideración de los lectores junto con otras escritas por humanos. El resultado fue que en no pocas ocasiones las personas prefirieron los haikus “escritos” por la IA. Es verdad que por su naturaleza un haiku no alcanza el esplendor y complejidad de los versos de alguien como César Vallejo, pero tal vez con el tiempo ocurra lo que avizora Lanier:

Es imposible saber si la máquina se ha vuelto más lista o si simplemente tú has bajado tu nivel de inteligencia hasta tal punto que la máquina parece inteligente. Si puedes mantener una conversación con una persona simulada presentada por un programa de inteligencia artificial, ¿puedes saber realmente hasta qué punto has dejado que tu sentido de persona se degrade para que la ilusión te parezca real? (2011, p. 51)

No es pues una exageración esperar que las máquinas nos superen, sea porque hace casi sesenta años imaginar una máquina que jugara el ajedrez mejor que un campeón mundial histórico era solo una expectativa sin fecha aproximada de realización; fuera porque “dentro de poco los ordenadores se volverán tan grandes y tan rápidos y la red estará tan llena de información que las personas resultarán obsoletas y serán descartadas [...]” (Lanier, 2011, p. 45); algo muy posible a causa de que “en repetidas ocasiones hemos demostrado la habilidad ilimitada de nuestra especie

para bajar nuestros estándares y hacer que la tecnología de la información parezca buena” (p. 51).

Incluso en algo tan capital para la identidad humana como la historia, su relevancia parece estar en declive a causa de la cultura digital, por lo menos en Estados Unidos, donde el número de grados en Historia ha disminuido en su tercera parte, “la caída más significativa de cualquier materia en el país”, como asegura el historiador Jason Steinhauer, para quien la Historia con mayúsculas está siendo reemplazada por la *e-history* o historia digital, algo que adultera el conocimiento del pasado. De hecho, él considera que “robots estarán utilizando toda la historia digital que está disponible en línea, así como los bancos de datos que a lo largo de los años han sido comprados por compañías como Google, Microsoft y Amazon. No estarán utilizando publicaciones o plataformas académicas. Puedo decirlo con seguridad, porque para usar esa información hay que pagar. No es parte de los bancos de datos que estas compañías han comprado” (citado por Efecto Naím, 2022).

A propósito de todo lo hasta aquí referido, nuevamente Estados Unidos fue un escenario de la peor masacre ocurrida en una escuela en casi una década, cuando al menos 21 personas murieron (19 de ellos niños y dos maestras) cuando un adolescente de 18 años irrumpió en la primaria Robb con una pistola de mano y un rifle AR-15, se atrincheró en un salón de clases y comenzó a disparar. Al respecto, solo queda citar nuevamente a McLuhan:

Las armas en sí no son ni buenas ni malas; es la forma en que se utilizan lo que determina su valor”. Es decir, si las balas alcanzan a la persona correcta, entonces las armas son buenas. Si el tubo catódico de la televisión dispara la munición adecuada a las personas adecuadas, entonces es bueno. No me estoy poniendo perverso. Simplemente, no hay nada en la declaración de [el general] Sarnoff que pueda resistirse a un examen, porque pasa por alto la naturaleza del medio, de todos los medios, en el verdadero estilo narcisista de quien está hipnotizado por la amputación y extensión de su propio ser en una nueva forma tecnológica. (1996, p. 33)

En clave sociolingüística

Como referí al principio, si bien el auge tecnológico de nuestra cultura empezó con la creación de los más diversos instrumentos y artefactos, la aparición del lenguaje verbal fue el catalizador de todos esos desarrollos. Sin embargo, luego de alcanzar cotas de sofisticación representadas en los más altos monumentos literarios, ha entrado en franco declive, y no solo a manos de los nativos digitales y su ubicuo entorno *app*. La propia política ha dejado atrás las complejas retóricas que la definieron para estar más a tono con los nuevos tiempos, representados por el expresidente Donald Trump, que se cierne sobre la Casa Blanca por segunda oportunidad ante el estupor general esgrimiendo un modo muy singular de articular su discurso:

Donald Trump no hizo campaña ni en verso ni en prosa, sino con una mezcla de muecas y murmuraciones, de eslóganes y anatemas. El que se dio en llamar el Hemingway de Twitter ha debido de lamentar que Twitter, su medio preferido, haya decidido permitir doscientos ochenta caracteres en lugar de ciento cuarenta. Los largos discursos de Barak Obama que entusiasmaban a las masas parecen pertenecer a una época pasada. Y, sin duda, así es. El “argotrump” no sabe de frases extensas ni de articulaciones lógicas; la gramática y el léxico han quedado reducidos a lo estrictamente necesario”. (Salmon, 2019, p. 27)

Y aquí una muestra:

Miedo, peligro, estupidez. ¡Estupidez! ¡Debilidad! El destino del país está en juego. La seguridad personal de la gente que tiene ante él está en juego. Algo “terrible” está pasando. No podemos vivir así. Las cosas van a ir a peor. Vais a tener más World Trade Centers. Las cosas van a ir a peor. No podemos ser políticamente correctos, ni podemos ser estúpidos, y las cosas van a ir a peor. (Salmon, 2019, p. 27)

Esta performance verbal de Donald Trump, en tanto político, ha sido ampliamente abordada por la sociolingüística, campo desde el cual se han estudiado los fundamentos lingüísticos de la construcción social de la identidad, una aproximación a la política ensayada por el análisis del

discurso con una larga tradición. Sin embargo, lo novedoso de las campañas presidenciales de Trump es que ofrecen un acercamiento muy interesante y productivo a la “conceptualización de la intersección entre lenguaje, política y los medios de comunicación” (Sclafani, 2018, p. 9). Según el orden de ideas propuesto en este artículo, en un entorno en el cual Twitter puede ser más influyente que un elaborado discurso, Trump parece gozar de ventaja. Por cierto, que los humanos son más complejos que lo que Twitter puede expresar, pero sucede aquí lo que refería Jaron Lanier respecto de cómo las TIC han “demostrado la habilidad ilimitada de nuestra especie para bajar nuestros estándares y hacer que la tecnología de la información parezca buena” (Lanier, 2011, p. 51).

Conclusiones

Desde la elaboración de las primeras hachas hasta el chip pasaron muchas cosas en el devenir del *homo sapiens* como creador de herramientas decisivas para conducirlo a un presente expectante de la mano de la recientemente eclosión de desarrollos de la inteligencia artificial, entre ellos el ChatGPT¹³. Este universo de instrumentos cada vez más sofisticados, contra lo que se suele creer, no son simples objetos al servicio de quienes los manipulan; ellos imponen sus condiciones de uso, y no uno por uno y solo en relación con lo que pueden hacer, sino que conforman un sistema, aquello que Heidegger llamó *equipment*, concepto fundamental para entender el auténtico ser del ente como horizonte de lo real que le otorga sentido y finalidad.

En el ámbito de las comunicaciones ocurrió otro tanto, sobre todo desde el impacto de las propuestas teóricas de Marshall McLuhan, resumidas en la oración “el medio es el mensaje”, famoso adagio contemporáneo que

¹³ Entre muchas herramientas de inteligencia artificial que han hecho eclosión en 2023, el ChatGPT bien puede ser, por lo menos, aquello anunciado por Larry Page páginas arriba en referencia a que el próximo paso de Google sería la IA. Al igual que con el motor de búsqueda, haciendo las preguntas adecuadas (esto es imprescindible) el usuario puede obtener las respuestas que necesita, con una gran diferencia: el chat no solo las redacta, sino que además responde coherentemente en función de los atributos del texto que uno solicite.

cobra sentido también en el ámbito del uso del lenguaje verbal, concebida cada lengua particular como una visión del mundo única y particular. Sin embargo, ahora que las máquinas escriben, se corre el peligro de que el lenguaje se ciña a lo que estas puedan hacer, tal cual ocurre con cualquier instrumento con el que los seres humanos interactúen, como he procurado demostrar a lo largo de este artículo.

Hay un dicho muy popular que reza: “Para un martillo todo son clavos”, el cual, aplicado a un ser definido en este artículo como tecnológico, resume lo que pueda suceder, hoy más que nunca, con lo que llamábamos nuestra humanidad si la tecnología empieza a marchar por su cuenta, un riesgo cada vez más real y más próximo.

Referencias bibliográficas

Barthes, R.; Boons, M.; Burgelin, O *et al.* (1970). *Lo verosímil*. Editorial Tiempo Contemporáneo.

Burke, J. y Ornstein, R. (2001). *Del hacha al chip. Cómo la tecnología cambia nuestras mentes*. Planeta.

Carr, N. (2018). *Superficiales. ¿Qué está haciendo Internet con nuestras mentes?* Debolsillo.

Cassirer, E. (1979). *Antropología filosófica*. Fondo de Cultura Económica.

Chomsky, N. (1975). *Estructuras sintácticas*. Siglo Veintiuno Editores.

Diamond, J. (2010). *Armas, gérmenes y acero. Breve historia de la humanidad en los últimos 13.000 años*. Debolsillo.

Efecto Naím (10 de mayo de 2022). “Es fundamental que los estudiantes vuelvan a aprender historia”. *Ethic*. https://ethic.es/2022/05/es-fundamental-que-los-estudiantes-vuelvan-a-aprender-historia/?fbclid=IwAR1q-qImPxcmShSv1xMObpM-Hv7nHUCjTf6XW_ApXcCLCMNxzuUTgt9I

Everett, C. (2018). *Los números nos hicieron como somos*. Crítica.

Gardner, H. y Davis, K. (2014). *La generación APP. Cómo los jóvenes gestionan su identidad, su privacidad y su imaginación en el mundo digital*. Paidós.

Harari, Y. N. (2017). *Sapiens. De animales a dioses. Breve historia de la humanidad*. Debate.

Harman, G. (2010). *Towards Speculative Realism. Essays and Lectures*. Zero Books.

- Heaven, W. D. (21 de octubre de 2021). La IA demuestra el gran vínculo entre la forma del cuerpo y la inteligencia. *MIT Technology Review*. <https://www.technologyreview.es/s/13735/la-ia-demuestra-el-gran-vinculo-entre-la-forma-del-cuerpo-y-la-inteligencia>
- Heidegger, M. (2000). *Caminos de bosque*. Alianza Editorial.
- Heidegger, M. (2010). *El ser y el tiempo*. Fondo de Cultura Económica.
- Hofstadter, D. R. (2017). *Gödel, Escher, Bach. Un eterno y grácil bucle*. Tusquets.
- Husserl, E. (1962). *Ideas relativas a una fenomenología pura y una filosofía fenomenológica*. Fondo de Cultura Económica.
- Kant, I. (2007). *Crítica de la razón pura*. Gredos.
- Lanier, J. (2011). *Contra el rebaño digital. Un manifiesto*. Debate.
- Lipovetsky, G. y Serroy, J. (2009). *La pantalla global. Cultura mediática y cine en la era hipermoderna*. Anagrama.
- Lizcano, E. (2006). *Metáforas que nos piensan. Sobre ciencia, democracia y otras poderosas ficciones*. Ediciones Bajo Cero, Traficantes de Sueños.
- Marx, C. (1959). *El capital. Crítica de la economía política*. 3 vols. Fondo de Cultura Económica.
- Mattelart, A. (2018). *Historia de la sociedad de la información*. Booklet.
- McLuhan, M. (1985). *La galaxia Gutenberg*. Origen/Planeta.
- McLuhan, M. (1996). *Comprender los medios de comunicación. Las extensiones del ser humano*. Paidós.
- Pollan, M. (2017). *El dilema del omnívoro. En busca de la comida perfecta*. Debate.
- Salmon, C. (2019). *La era del enfrentamiento. Del storytelling a la ausencia del relato*. Península.
- Sclafani, J. (2018). *Talking Donald Trump. A Sociolinguistic Study of Style, Metadiscourse, and Political Identity*. Routledge Focus.
- Sontag, S. (1990). *Illness as Metaphor and AIDS and Its Metaphors*. Anchor Books.
- Vattimo, G. (2002). *Introducción a Heidegger*. Gedisa.

Nota biográfica

Daniel Soria (Lima, 1971) empezó su carrera literaria con la publicación de la colección de relatos *Tres heridas nocturnas* (1999), siguió con la novela corta *Monólogo en blancohumo* (2011), y en 2022 la editorial Buenos Aires Poetry lanzó su primer poemario, *Hijo de hechicera*. Dos relatos suyos fueron incluidos en las más importantes antologías de narrativa peruana de la década de 2000. Apareció así su cuento “La coctelera” en *Estática doméstica. Tres generaciones de cuentistas peruanos* (1951-1981) (Ciudad de México: UNAM, 2005) y la narración “Eucaris” en *Disidentes*. Muestra de la nueva narrativa peruana (Lima: Revuelta Editores, 2007).

Es bachiller en humanidades con mención en lingüística y literatura por la Pontificia Universidad Católica del Perú y egresado de la maestría en filosofía con mención en epistemología de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Luego de ejercer el periodismo, actualmente es editor independiente dedicado además a la redacción creativa y la docencia. Posee dos libros inéditos: el conjunto de cuentos *Diseño de interior* y una reunión de textos de no ficción bajo el título *Literatura para Facebook*.